

1º PREMIO

LAS ÚLTIMAS LUCES

Seudónimo: Alejandro

Querida Irene:

Si te estoy escribiendo no es por carecer del valor suficiente para compartir contigo a viva voz lo que me ocurre ni porque pretenda camuflar con circunloquios mis miedos, sino porque necesito un poco de lejanía y sosiego para dejar constancia de la vida compartida contigo antes de que se me acaben las palabras.

A partir de este momento cada día me irá desordenando un nuevo cajón de la memoria y me iré ahuecando por dentro hasta convertirme en un espacio vacío en el que sólo habitan los ecos. Por eso he decidido escribirte esta carta hucha en la que intento poner a salvo esos momentos únicos en los que el amor vino a abrazarnos. Así tú podrás volver a leerla aunque yo ya esté al otro lado donde reina el silencio.

Las últimas luces que me quedan quiero invertirlas en restaurar recuerdos y emociones que son los que le dan un simulacro de solidez a esta fragilidad transparente a la que llamamos vida. Así tú podrás volver a transitarlos aunque yo ya permanezca mudo y sumergido en el vacío silencioso del alzhéimer que lentamente me va devorando.

Empezaré por decirte, que para definir el amor, nunca encontré en el diccionario una palabra mejor que tu nombre, que tu cuerpo siempre ha sido esa comarca cálida y acogedora en la que era una delicia perderse, que tu risa es la partitura entera de la lluvia. También puedo ponerme cursi y pedir que cuando me muera quiero que me entierren en tus ojos, que tus muslos son dos cálidos ríos paralelos o que por tu cuello siempre se enredan mis deseos.

He escrito mucho y aún no te he hablado de la primera vez que te vi, de aquella tarde en el río cuando los chopos se empinaban para observarnos, cuando dijiste que sí e inauguramos el mundo, de la canción que nos sorprendió desnudos y nunca quiso marcharse, de ese tiempo subversivo en que todos los pájaros y atardeceres me hablaban de ti, de cuando echamos raíces al nacer nuestros hijos; la melancolía de las tardes de lluvia que siempre te hacían llorar a ti y a los cristales, las fiestas, los amigos, la primera cana y el último trabajo, los hijos que se fueron y los nietos que vienen.

Más allá del silencio, más allá del olvido, seguiré contigo en esta muerte terrible de la memoria. En el desierto de los recuerdos continuaré siendo el mismo que ahora va dejando palabras en el papel para que al menos tú sepas regresar a nuestro tiempo, a los días en que conjugábamos juntos los verbos y los besos, a ese rincón perdido en el espacio-tiempo que nos conoce, a nuestra patria lejana, nuestro instante repleto de palabras y dudas entre las que aprendimos a vivir mientras buscábamos una respuesta definitiva, sabiendo que todas las certezas vienen con otra pregunta.

Nuestra vida ha sido sólo ese instante entre el silencio y la muerte en el que el amor o el dolor se acercaron a nosotros para tocarnos en el hombro y decirnos: *conozco vuestros nombres*. Nosotros nos miramos a los ojos y supimos que dejábamos de ser voz para ser sueño. Aunque sé que vamos directos al fracaso quiero rescatar esos instantes antes de que los borre para siempre la mano fría del olvido. Hoy mi única certeza es saber que a pesar de lo ocurrido te amo y no quiero hacerme más preguntas.

Hoy me he asomado al borde del abismo y sé que se puede vivir enfermo, sin comer o sin amor, pero no sin memoria. Por suerte el abismo también es sólo una palabra y lo único que quiero recordar son tus ojos con sabor a atardecer y tu risa en la que puedo oír la partitura entera de la lluvia.

Equidistante entre la alegría y el dolor, entre el todo y la nada, tuyo para siempre,
Alejandro.

AUTOR: ANTONIO MEJIAS MELGUIZO

(GRANADA)

2º PREMIO

TARDE

20 de Abril de 2015

Querido Pedro:

Hoy siento la enorme necesidad de soltar en este papel lo que nunca tuve el coraje de decirte a la cara. Quiero recordarte nuestra historia de amor (o desamor, ya no lo sé), tal y como la viví yo. No me enamoré de ti a primera vista, como se empeñan en contar los cuentos de princesas. Me parecías raro y extravagante, pero entenderte suponía un reto que estuve dispuesta a aceptar, e hizo que descubriera una parte de mí que no conocía, de modo que seguí adelante sin saber si hacía lo correcto.

En nuestra vida de casados, entendí con pesadumbre que iba a pasar el resto de mi existencia actuando continuamente, como en una obra de teatro que sólo podía acabar de la peor manera. En el día a día me desencanté de tu carácter: las bromas que al principio me gustaban me irritaban y tus gestos cariñosos me agobiaban. ¿Por qué nadie nos advierte de lo deprimente que puede llegar a ser la rutina del matrimonio? Nadie tiene el valor de mirarte a los ojos y decirte que te vas a cansar de besar los mismos labios día tras día. Nadie es capaz de acercarse a ti antes de pisar el altar y decirte que quizás dentro de dos, diez o veinte años deberás renunciar al amor de tu vida porque estás casada, a pesar de que hacerlo sea renunciar a tu propia felicidad. Hoy, con esta carta, quiero decirte que muchas veces fui infeliz. Que en ocasiones me acostaba llorando porque estaba

renunciando a mi destino por ti y que muchas veces tuve preparadas las palabras para decirte que no soportaba más la monotonía de vivir contigo.

Sin embargo, mientras escribo estas letras y levanto la vista hacia tu nombre ahí escrito, no puedo evitar recordar...rememoro los momentos en los que reía hasta no poder respirar, tus tonterías pesadas cuando sabías que estaba triste, las situaciones en las que dejabas todo de lado solo para cuidarme. Recuerdo nuestro primer beso en la playa y siento, como aquella vez, el tiempo detenerse. Me vienen a la mente los viajes repletos de alegría por el simple hecho de estar juntos, el apoyo mutuo cuando conseguíamos un éxito personal...y sí, recuerdo también las interminables mañanas en la sala de quimioterapia del hospital. Siento como si fuera ahora nuestras manos entrelazadas para intentar ahuyentar las náuseas, nuestros ojos mirándose sinceros, contándose sin palabras lo dura que es la vida y cómo se puede sentir el dolor en carne propia sin estar enferma. Se me encoge el corazón al recordar tu sonrisa resignada cuando te comunicaron la noticia de la metástasis, como si no tuvieras miedo a la muerte. Nunca la tuviste, siempre fuiste más valiente que yo. Es verdad que sólo sabemos lo que tenemos cuando lo perdemos... ¡Mierda, Pedro! Levántate de ahí y dime con tu gesto de sabiendo que ya sabes lo mucho que te quiero, aunque nunca llegue a reconocerlo. Sal de ahí y vuelve a irritarme con tus bromas fuera de lugar, échame en cara que mi vida ha perdido el sentido sin tenerte al otro lado de la cama para pedirte que me dejes en paz.

Escribir esta carta no sirve de nada si no estás aquí para leerla conmigo, más que para revolver todo mi dolor e intentar ahogar toda esta rabia que llevo dentro, para soltar con el mayor desprecio hacia mí misma todo lo que debí decirte mientras me esforzaba en intentar odiarte. Esta carta no es más que mi manera de entender que a veces tenemos la felicidad delante de nuestras narices, y nos empeñamos en buscarla en otros trabajos, en otros países, en otros labios.

Mi felicidad, mi amado Pedro, siempre fuiste tú, aunque me negara a ver la luz que desprendías y que daba esperanza a mi oscuridad, esa luz que nos hacía brillar juntos allá donde íbamos. Y sólo hoy, delante de esta solitaria tumba, me doy cuenta.

Siempre tuya,

Claudia

AUTORA: Virginia Brito García

Telde. Las Palmas.